EL CUARTO MANDAMIENTO,

MORALEJA

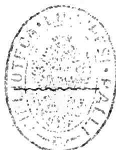
(TOMADA DE UN CUENTO ALEMAN)

ESCRITA EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

D. MIGUEL PASTORFIDO.

Representada por primera vez en el Teatro de Variedades el 28 de Mayo de 1872.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1872.



PERSONAJES.	ACTORES.
LORENZA.	SRA. BUZON.
RAFAEL.	SRES. VALLÉS.
ERNESTO.	RIQUELME.
DON GIL.	LUJAN.

La accion pasa en Madrid y en nuestros dias.

Á D. FRANCISCO PORTILLO Y PASTORFIDO

Recuerdo de cariño

De su primo

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Casa pobre: puerta al fondo y una á cada lado. Tres sillas.

ESCENA PRIMERA.

LORENZA, sentada y haciendo labor, luego RAFAEL.

Al levantarse el telon suena la música de una banda militar que figura pasar por la calle y alejarse rápidamente. Á los últimos compases de ella empieza á hablar Lorenza.

LOR. No sé por qué, de mis ojos
hacia brotar el llanto
esa música guerrera
que áun suena en ecos lejanos.

RAF. (Entrando por el fondo.)
Buenos dias, madre!

LOR. (Yéndose á él y abrazándole.) Al fin
te puedo dar un abrazo.
Por qué, sin entrar á verme
has salido hoy tan temprano?

RAF. Anoche oí que buscaban
en una imprenta operarios...

LOR. Y?...

RAF. Nada... he llegado tarde:
otros se han anticipado.
Han acudido cuarenta

y necesitaban cuatro.
LOR. Qué mala suerte!
RAF. Fatal.
LOR. Cada dia un desengaño.
RAF. Y mi padre, ha vuelto?
LOR. No;
pero le estoy esperando.
Ha ido á ver al comerciante
de la calle de Preciados,
que le tuvo en su escritorio
cinco meses empleado,
y quedó á deberle un pico
cuando suspendió los pagos.
RAF. Y le dará ese dinero?
LOR. Hoy ha ofrecido pagárselo.
RAF. Dios lo quiera. Y la abuelita?
LOR. Durmiendo aún en su cuarto.
RAF. Voy á verla: qué seria
de ella sin nuestros cuidados?
Quiero que cuando despierte
me halle la pobre á su lado.
LOR. Hasta luego, Rafael
(Váse este por la izquierda.)

ESCENA II.

LORENZA.

Qué alma tiene ese muchacho!
Qué corazon! Me envanezco
del hijo que Dios me ha dado.
(Golpes á la puerta.)
Llaman... Será mi marido.
Ernesto?... (Abriendo la puerta: aparece D. Gil.)
Don Gil! Dios Santo!

ESCENA III.

LORENZA, D. GIL.

GIL. Ya sabrá usted á qué vengo,
ó ya puede figurárselo.

LOR. Á cobrar los alquileres?
GIL. Sí. Déme usted esos cuartos.
LOR. Mi marido no está en casa...
Volverá dentro de un rato...
Salió á cobrar un dinero...
Siéntese usted entre tanto.
GIL. Pues, señor, esto no puede
seguir así. Ya estoy harto.
Cada dia una disculpa,
cada mes un nuevo atraso.
LOR. Qué quiere usted que suceda?
Si están los tiempos tan malos!...
ni mi esposo ni mi hijo
pueden encontrar trabajo.
GIL. El muchacho no es cajista?
LOR. Estudió para abogado;
mas por falta de recursos
tuvo, ya en el quinto año,
que abandonar la carrera
por un oficio mecánico.
GIL. Y hoy con libertad de imprenta
no halla qué hacer ese zángano?
Que trabaje en un periódico.
LOR. Si hay más de cien, que á dos cuartos
pregonan por esas calles
y nadie quiere comprarlos!
GIL. Pues si no le da su oficio
ocupacion, que lo extraño,
hay mil medios de ganar
el sustento necesario.
LOR. Mas dónde?
GIL. En las obras públicas
que ahora se han desarrollado.
Los edificios, las minas,
el cultivo de los campos,
los puentes, las carreteras
dan empleo á muchos brazos.
Ya no hay quien pida limosna.
LOR. Que no? Si viera usted cuántos! ..
GIL. Quien deba pedirla, y ménos
estando robusto y sano.
Que no hay donde trabajar

ni ganar de comer!... Falso!
Vaya!... Pues si en los cuarteles
dan un magnífico rancho
y hasta dinero, sin más
que alistarse de soldado!

LOR. Soldado mi hijo!... Tiemblo
solamente de pensarlo.

GIL. Y yo tiemblo de pensar
que van los meses pasando,
que vencen los alquileres
y nunca puedo cobrarlos.

LOR. Considere usted, don Gil,
la situacion en que estamos.
Mi marido sin empleo
y mi hijo sin trabajo.
Y yo que en un obrador
puedo ganar un salario,
tengo que estar consagrada
de dia y noche al cuidado
de la madre de mi esposo,
que está, desde hace tres años,
enteramente baldada.

GIL. Pues llevarla en ese caso
al hospital de *incurables.*

LOR. Qué dice usted!...

GIL. Formal hablo.
Y es un recurso excelente.

LOR. Conque si al fin la llevámos
al hospital, usted cree
que estaria bien?

GIL. Y tanto!
Quien entra en los incurables
de fijo sale curado.

LOR. Y todos salen?

GIL. Si, todos.
Salen... (para el campo santo.)
Pero yo no vengo á hablar
sino á cobrar. Me he cansado
de tener paciencia, y hoy
traigo á ustedes mi *ultimatum.*
Ó me pagan los tres meses
ó se mudan de este cuarto.

LOR. Don Gil!...
GIL. No hay don Gil que valga
Lo dicho dicho y el jaco...
LOR. Por la Virgen se lo ruego!...
GIL. Ni por Dios ni por los santos!

ESCENA IV.

DICHOS, RAFAEL.

RAF. No alcen ustedes el grito:
que mi abuela se desvela
con ese ruido maldito.
GIL. Á mí no me importa un pito.
Cuénteselo usté á su abuela.
RAF. Se burla usted?
GIL. Tan sencillo
es decir que no alce el gallo
cuando me toca al bolsillo?
Pues no señor: no me callo;
y alboroto y clamo y chillo!
Á usted, que manda callar,
le parece regular
ese cómodo específico
de vivir y no pagar
un sotabanco magnífico?
Un cuarto que es un primor,
una verdadera alhaja:
sala... alcoba... comedor...
y hasta tiene la ventaja
de ser un cuarto interior.
Y aun me tachan de caribe
si á un inquilino coarto
que del alquiler me prive!
El que sin un cuarto vive
no vive en un cuarto cuarto.
Aquí y en cualquier pais
quien casa quiere tener
suelta los maravedis.
Únicamente en Paris
no se paga hoy alquiler.
LOR. Luego como ese dinero

mi pobre esposo no halle...
GIL. Con pesar muy verdadero
yo, en calidad de casero,
pondré á ustedes en la calle.
RAF. Y el que con creciente afan
pide en sus duelos prolijos
trabajo, y no se lo dan,
y ni un pedazo de pan
puede llevar á sus hijos;
el que jóven, ágil, fuerte,
ve en la miseria á su madre,
y, por rigor de la suerte,
su vida en carga convierte
para el desgraciado padre;
los que así el destino aflige
tan indignos le parecen,
que, ni por piedad, merecen
el que un techo les cobije
cuando hasta de pan carecen?
LOR. Tenga usted alma cristiana!
RAF. Piedad de la pobre anciana!
No así en la calle nos deje!
LOR. Ay! No sea usted hereje!
GIL. Así fuera usted pagana.
RAF. Los que al pobre tratan mal
no son con el cielo ingratos?
GIL. Hijo, en la vida social
no es lo mismo la moral
que la ley de inquilinatos.
RAF. Dios dijo: «haz bien: que el consuelo
que des al triste, yo velo
porque en mis reinos lo cobres.»
El bien que se hace á los pobres
es deuda que paga el cielo!
GIL. Yo cumplo el santo deber
de tratar con compasion
á los que infelices son.
No vaya usted á creer
que tengo mal corazon.
Yo soy compasivo y tierno
y amigo de hacer mercedes;
mas con afan sempiterno

á mi me apura el gobierno
y yo les apuro á ustedes.
Y tengo un motivo acaso
mas grave. Se trata de...
de dar al fin el gran paso.
Figúrense ustedes .. que
el mes que viene me caso.
Mi novia una condicion
me impone—*sine qua non*—
para ir conmigo al altar;
y es que en esta habitacion
le construya un palomar.
Á ella los bichos le halagan;
y ayer, sin andarse en bromas,
dijo: echa á los que no pagan.
Conque ustedes... no me hagan
que prefiera las palomas

RAF. Y por tan vanos caprichos?...

GIL. No. Yo soy muy caballero.
Si ustedes me dan dinero,
entre ustedes y los bichos...
ustedes serán primero.
Y eso que un miedo me escama;
que á la parra se me suba
y al fin me sople la dama
cierto rival, que se llama
don Zenon Matalauva.
Don Zenon, su corazon,
pintado de almazarron,
la envió en un papelucho.

LOR. Quién es ese don Zenon?

GIL. Un hombre que cena mucho.
Soplarme ese galopin
mi futura! Una mujer
que es un hada, un serafin,
un tipo ideal!... En fin,
la van ustedes á ver. (Sacando un retrato.)
Qué tal? Tengo ó no buen gusto?
Qué dicen ustedes de esto?
No es un magnífico busto?

RAF. Hermosa cara! Soy justo.

GIL. Pues si viera usted el resto...

Tiene un talle... ay Dios! qué talle!
Y un pie, que no habrá quien halle
otro en bota más concisa.
Cuando la veo en la calle
envidio el suelo que pisa.
Sus ojos quitan pesares
y su aliento es de azahar,
y en su barba hay dos lunares,
y...—Siento no poder dar
más señas particulares.
Conque hasta la vista. Espero (A ella.)
que vuelva ese caballero...

LOR. Habla usted de mi marido?
GIL. Y me entregue mi dinero.
RAF. Un plazo!
GIL. Está concedido.
Mas oigan ustedes bien.
Son las diez; en cuanto den
las once, á fe de Gil Ponce,
vuelvo y armo el gran belen,
si no hay mus.—Hasta las once. (Vase.)

ESCENA V.

LORENZA, RAFAEL.

RAF. Quiera el cielo que no venga
sin el dinero mi padre.
LOR. Aunque nuestra suerte es mala
yo confio en que hoy le paguen.
Despues de tanto sufrir
si hasta el hogar nos faltase,
esta seria la última
de nuestras calamidades.
RAF. (Yo debo tal infortunio
impedir á todo trance.)
LOR. Dios no querrá que don Gil
consume nuestro desastre.
Mi Ernesto traerá el dinero.
Ah! Él es. (Viéndole llegar.)
RAF. (Qué aspecto tan grave!)

ESCENA VI.

RAFAEL, LORENZA, ERNESTO, entrando pensativo y silencioso.

ERN. (¡Fatalidad!)
LOR. Y bien?...
(Acercándose a él con ansiedad.)
ERN. (Con desaliento.) Nada.
Todo mi empeño fué en balde.
LOR. Cómo?...
ERN. Ese hombre no ha querido
ó no ha podido pagarme.
LOR. Santo Dios!
RAF. (El corazon
me anunciaba esa catástrofe.)
LOR. (Debo decírselo todo.)
Ernesto, tengo que hablarte.
RAF. (Llegó el momento supremo.
Resolucion!) Adios, padre.
ERN. Dónde vas?
RAF. (Donde me llama
el deber.) Vuelvo al instante.

ESCENA VII.

LORENZA, ERNESTO.

LOR. Oye, Ernesto: en nuestra vida
hay situaciones tan graves,
que solo puede vencerlas
quien tiene el alma muy grande.
Eran poco al infortunio,
con que el destino implacable
hace tiempo nos persigue,
la miseria, los pesares
que amargan nuestra existencia,
tan risueña y feliz antes.
Faltaba el postrer dolor;
y la suerte hoy nos le trae.
ERN. Habla!

LOR. Don Gil ha venido
para echarnos á la calle.
ERN. Tan duras entrañas tiene?
LOR. Si: nos echa.
ERN. Tal desastre
todas mis fuerzas agota.
Harto de luchar en balde,
cuando hasta el pobre refugio
de esta bohardilla nos falte,
tendré el valor de implorar
la caridad en las calles.
Y en las sombras de la noche
ocultando mi semblante,
tenderé la enflaquecida
mano, diciendo al que pase:
señor, mi madre, mi esposa,
mis hijos se mueren de hambre!
Y la angustia de mi acento
será tal, que no habrá nadie
á cuyos oidos llegue,
que sin vacilar no exclame:
sí, ese hombre tiene hijos,
tiene mujer, tiene madre!
LOR. No, Ernesto: yo no consiento
que á ese extremo te rebajes.
Tambien á mi en la desgracia
me corresponde una parte.
Iré á un obrador, y allí,
á costa de mil afanes,
ganaré con qué pagar
un cuarto mas miserable.
Rafael y tú podreis
buscar trabajo, y es fácil
que lo halleis, si otros deberes
de buscarlo no os distraen.
ERN. Gracias por esas palabras
de consuelo! Eres un ángel.
LOR. Mas hoy á mi plan se opone
un estorbo insuperable,
un obstáculo, que es fuerza
alejar á todo trance.
ERN. Cuál? Di.

LOR. Sé que voy á herir
tu corazon al nombrarle.
ERN. No sigas! Ya lo adivino:
ese obstáculo es mi madre.
LOR. Sí.
ERN. Y tú quieres que yo
de mi lado la separe,
y anciana, enferma, impedida,
la abandone en cualquier parte?
LOR. No! Lo que yo te propongo
no es ninguna accion infame
Oye! Para el desgraciado,
cuyas dolencias y achaques
ni el celo de un hijo alivia
ni la ciencia curar sabe,
hay una casa benéfica
que al dolor sus puertas abre,
un asilo que se llama
el hospital de *incurables*.
ERN. Pero allí á la pobre anciana
no dará consuelos nadie!
LOR. Allí al menos tendrá el pan
que aquí no podemos darle.
ERN. La soledad, la tristeza
aumentarán sus pesares!
LOR. Habrá en cambio quien la asista
y disminuya sus males.
ERN. No tendrá á su cabecera
un hijo que vele amante!
LOR. Pero tendrá limpio lecho
y alimentos saludables.
ERN. Y no sentiré despues
remordimiento constante
cuando el gozo de abrazarla,
de escuchar su voz me falte?
Del fondo de mi conciencia
se alzará una voz que clame:
«Dios la pena del talion
al mal hijo sufrir hace.
Los tuyos harán contigo
lo que hiciste con tus padres!»
LOR. Y no te asusta la idea

de que, por no resignarte
á este sacrificio, un dia
de la anciana el mal se agrave,
y ni aun de llamar á un médico
medio ni recursos halles?

ERN. Pero la tendré á mi lado;
podré verla; y si llegase
el doloroso momento
en que Dios á sí la llame,
podré velar su agonía,
abrazar su cuerpo exánime,
recibir su último aliento
y orar ante su cadáver!

LOR. Es decir que si rehusas
de su lado separarte
y que en tranquila paz viva
en lugar de vivir mártir,
no es por su bien, no es por ella,
es por tí por quien lo haces?

ERN. Dices bien: el sacrificio
que me impones es muy grande;
pero entre su bienestar
y mi egoismo, ella es ántes.
Es preciso que yo apure
hasta las heces el cáliz.
Cumpliré tu voluntad.

LOR. (Ah! Por fin...)

ERN. Dios mio, dame
la fortaleza, que huye
de mi corazon cobarde!

LOR. (Virgen santa! Madre mia,
tú que ves mi intencion, sabes
cuánto en la lucha he sufrido!
Cuánto sufro en este instante!)

ESCENA VIII.

DICHOS, RAFAEL.

RAF. Ya estoy aquí.

LOR. Rafael!

ERN. (A ella.) Retírate! Quiero hablarle.

ESCENA IX.

ERNESTO, RAFAEL.

ERN. Rafael, hay horas graves,
y esta es una de esas horas.
Nuestro estado... no lo ignoras,
nuestra situacion... la sabes.
Al borde de un precipicio
nos vemos; y es mi deber
ántes de hundirnos hacer
el último sacrificio.
Tu abuela padece un mal
por desgracia sin remedio,
y hoy no nos queda otro medio
que llevarla al hospital.
RAF Cielos!
ERN. Á los miserables,
desahuciados por la ciencia,
abrió la beneficencia
el hospital de *Incurables*.
RAF. Y usted, que ha sido hasta aquí
tan buen hijo con su madre,
la echa hoy de su lado? Padre!
Es usted quien habla así?
ERN. Ejemplos te dí de amarla;
mas hoy, aunque goce en verla,
ni tengo pan que ofrecerla
ni casa donde albergarla.
No velaré su tranquilo
sueño, cual hijo piadoso;
pero ella dulce reposo
hallará en el santo asilo.
RAF Hasta el nombre de *Incurables*
pondrá pavor en su pecho.
ERN. Pero tendrá limpio lecho
y alimentos saludables.
RAF. Ni aun el refutar pretendo
ese argumento inocente;
porque sé que usted no siente
lo mismo que está diciendo.

Qué será de ella al faltarle
de su hijo el tierno afan?

ERN. Allí al ménos tendrá el pan
que aquí no podemos darle.
Allí tendrá quien la asista
y disminuya sus males.

RAF. No, padre: en los hospitales
hasta el bien es egoista.
Á la ternura filial,
que es para una madre el todo,
no suple de ningun modo
la caridad oficial.
Con ella el misero gana;
pues socorre su indigencia;
pero la beneficencia
no es la caridad cristiana.
Volver á ser libre ansía
el que en un hospital entra:
allí la salud encuentra;
mas no la dulce alegría.
Le dan su racion, y en calma
le dejan vivir despues,
sin ver que el cariño es
el alimento del alma.
Y aunque la salud recobre,
del dolor siente la herida:
el hospital es, en vida,
el purgatorio del pobre.
Si usté á la que el ser le dió
lleva á un asilo piadoso,
su cuerpo hallará reposo:
pero su espiritu no.
Allí al enfermo se asiste,
mas nadie su afan consuela.
Qué hará la infeliz abuela
en una mansion tan triste?
Aspirando en su ansiedad
aquel aire impuro y denso,
sentirá todo el inmenso
horror de la soledad.
En sus desvelos prolijos
la pobre abuela baldada

buscará con la mirada
la mirada de sus hijos.
Y su desamparo atroz
llorará; y usted, en tanto,
ni podrá enjugar su llanto
ni responder á su voz.
Y un dia...—pronto por cierto,—
con voz que el alma taladre,
vendré yo á decirle: padre,
la pobre abuelita ha muerto.
Al ver cercana la muerte
extendió su mano en vano.
No acudió ninguna mano
á estrechar la suya inerte.
Sentia en su frente el hielo
que anuncia el último instante,
y el beso de un hijo amante
en vano pedia al cielo!
Sus ojos, del llanto rojos,
buscando á su hijo abria,
y no tuvo en su agonía
quien le cerrara los ojos!
Desde hoy, padre, hay ya, quizás
para honrar así á los buenos,
en la tierra un mártir menos,
en el cielo un ángel más.

ERN. Ah! Destrozas mi alma entera
pintando ese cuadro horrible;
pero todo es preferible
á que ella de hambre se muera.
Cumplí un penoso deber
cuando así te estuve hablando;
mas soy tu padre, y lo mando
y debes obedecer.
Para que abrigada pueda
ir á aquella casa santa
tu abuelita, trae la manta
única que ya nos queda.

RAF. Padre!..

ERN. Una falsa piedad
seria indigna de mí.

RAF. Está usted resuelto?

ERN. Si
RAF. Cúmplase su voluntad.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA X.

ERNESTO, LORENZA.

ERN. Lorenza!...
LOR. Ernesto...
ERN. Lorenza,
ya resistir más no puedo.
Me hiela la sangre el miedo
y me ahoga la vergüenza.
LOR. Y Rafael?
ERN. Ha cedido,
pero con dolor amargo.

ESCENA XI.

DICHOS, RAFAEL.

RAF. Padre, ya cumplí su encargo
Ya está usted obedecido.
(Presentándole media manta.)
ERN. Traes media manta?
RAF. Si tal.
ERN. Y la otra media?
RAF. (Acentuándolo mucho.) La dejo
para cuando usted sea viejo
conducirle al hospital.
LOR. Hijo!...
ERN. Rafael!...
LOR. Perdon!
RAF. (Su llanto mi angustia calma.)
ERN. Perdon! (Á Rafael.)
RAF. Padre de mi alma!
ERN. Hijo de mi corazon!

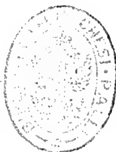
ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. GIL con el reloj en la mano.

GIL. Las once...
LOR. Ah!
RAF. (Á ella.) Que se ensanche
su pecho.
GIL. Las once y dos.
RAF. Pague usted. (Dándole una cartera á su padre.)
GIL. Cómo!...
ERN. (Abriéndola y sacando billetes.) Gran Dios!
RAF. Es el precio de mi enganche.
LOR. Cielos!
RAF. Ya soy militar.
ERN. Te apartas de nuestro lado?
RAF. Sí señor; voy de soldado
á un batallon de Ultramar.
LOR. Ernesto, Dios nos maldijo
y su castigo es tremendo!
ERN. Lloras?
LOR. Pues no estás oyendo
que se marcha nuestro hijo?
RAF. Por qué llorar ni temer?
LOR. Partes á lejana tierra,
y los que van á la guerra
no siempre suelen volver!
GIL. (Compungido.) Quién resiste á la emocion?
RAF. Volveré, madre, lo espero.
GIL. Vamos, yo, aunque soy casero
tengo tambien corazon.
Ya no pido que se salde
la cuenta; ya nada exijo.
Hasta que vuelva su hijo
les doy la casa de balde.
LOR. Separarte quise yo (Á Ernesto.)
de una madre anciana y buena:
y hoy nos impone igual pena
nuestro propio hijo.
RAF. No.

Aunque el alma me taladre,
cumplo un deber. Dios lo dijo:
bendito, bendito el hijo
que sabe honrar padre y madre.

FIN DE LA MORALEJA.



GUILLERMINA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON ENRIQUE ZUMEL.

La pena del talion.
La capilla de San Magin.
El piloto y el torero.
El himeneo en la tumba.
Guillermo Sakspeare.
Una deuda y una venganza.
Enrique de Lorena.
Enrique de Lorena. (Segunda parte.)
La maldicion.
Un valiente y un buen mozo.
El gitano aventurero.
Un señor de horca y cuchillo.
La batalla de Covadonga.
Glorias de España.
Pepa la cigarrera.
8200 mujeres por dos cuartos.
Llego en martes.
El traspaso.
Vivir por ver.
Aquí estoy yo.
La casa encantada.
El segundo galan duende.
En cojera de perro.
Vaya un lio.
Diego Corrientes. (2.ª parte.) (2.ª edicion.)
La gratitud de un bandido.
José María.
Quien mal anda mal acaba.
La voz de la conciencia.
El deseado Príncipe de Asturias.
El hermano del ciego.
Tambien es noble un torero.
L. N. B.
Los guantes de Pepito.
Imperfecciones.
Un regicida.
Viva la libertad! (2.ª ed.)
Ábrame usted la puerta.
El muerto y el vivo.
Laura.
Será este?
Si sabremos quién soy yo?
Las riendas del gobierno. (2.ª edicion.)
Doña María la Brava.
La hija del almogávar.
Otro gallo le cantara. (2.ª edicion.)
Batalla de diablos.
Un hombre público.
Un mancebo combustible.
Roberto el bravo.
La última moda.
Lo que está de Dios.
Una hora de prueba.
La isla de los portentos.
Cajon de sastre.
Oprimir no es gobernar.
Figura y contra figura.
Los hijos perdidos.
El trabajo.
Prueba práctica.
El carnaval de Madrid.
Derechos individuales.
Por huir de una mujer.
El robo de Proserpina.
No la hagas y no la te...as.
Pasion y muerte de Jesus.
Astucias de un asistente.
Al que no quiere caldo la taza llena.
De doce á una.
El anillo del diablo.
La dama blanca.
La escala de la ambicion.
Un empréstito forzoso.
Batalla de ninfas.
El Nacimiento del Mesías
Obrar bien, que Dios es Dios.
La leyenda del diablo.
La independencia española.
Un millon.
La montaña de las brujas.
Los locos de Leganés.
Guillermina.
La mejor venganza.
Por un suelto.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Los dos gemelos.
El amante misterioso.
Amores de ferrocarril.
La batelera.